



Jeanne Moreau, Marcello Mastroianni y Mónica Vitti, intérpretes de los personajes clave de «La notte»; gran film de Michelangelo Antonioni, presentado en la Gala de TRIUNFO.

# “LA NOTTE”

## DE MICHELANGELO ANTONIONI

**N**UESTRA fiesta tuvo este año perfiles nuevos. Sin renunciar al cordial y necesario aparato en torno a los famosos del cine allí concentrados, la verdad es que nos salió una fiesta distinta, más rigurosa en la administración de sus ovaciones —rotundas para «Plácido», Luis García Berlanga y Valerio Zurlini— y más atenta que nunca al film presentado...

Presentábamos «La notte», de Michelangelo Antonioni. Es ésta la primera película del gran realizador italiano que se ofrece, en Madrid, a un público relativamente amplio. Hasta ahora, sus películas no desbordaron el marco, mucho más reducido y minoritario, de las Semanas organizadas por el Instituto Italiano de Cultura. Concretamente, «Crónica de un amor» y «La aventura» fueron los films vistos en aquellas ocasiones.

Decir que Antonioni es un director fundamental en el cine contemporáneo no resulta nada arriesgado. Lo es, en efecto. Especialmente a partir de «La aventura», premiada en Cannes, hace tres años, como la mejor aportación a la «renovación del lenguaje cinematográfico». El posterior y resonante éxito de «La aventura» en las capitales más preparadas de Europa, el gran Premio de Berlín a «La notte», el Premio Especial del Jurado de Cannes a «El eclipse», y, sobre todo, la importancia de sus innovaciones, sus profundas influencias, el apasionamiento con que ha sido discutido o ensalzado, le sitúan entre la media docena de grandes realizadores contemporáneos.

¿Qué ha aportado Antonioni al cine? ¿Dónde están las razones de su encumbramiento? De Antonioni se ha hablado tanto en las revistas espe-

cializadas, que resulta prácticamente imposible no caer en los lugares comunes. Pero esto no lo escribimos para los lectores de revistas especializadas. Quisiéramos, rehuyendo todo hermetismo, decirles por qué Antonioni nos parece un director importante, un director fenomenal...

Por lo pronto, nos ofrece un «cine de autor». Nada hay en sus películas de servidumbre industrial. Al menos, nada que importe demasiado. En sus películas vemos «el mundo de Antonioni» y no la suma de aportaciones heterogéneas. Por este camino alcanzamos otra virtud: la sinceridad. Sus películas tienen el tono de una meditación personal, íntima, rigurosa, a través de la cual se formula el director una serie de preguntas sobre cuanto le rodea...

Esto ya sería, por sí sólo, muy importante, den-

tro de un arte que tiende a la manufactura trivial, deshumanizada, apoyada exclusivamente en los términos contables del negocio.

Con la intimidad cinematográfica de Antonioni y su posición de «autora», es evidente que sus películas adquieren dos dimensiones fundamentales: una atención a los procesos psicológicos, una subjetivización de los problemas, que dejan de ser algo mecánico, externo, para convertirse en una derivación coherente del personaje, y, por otro lado, una densidad intelectual, ya que el director emplea el cine para expresarse íntegramente.

Agnes Varda, la excelente directora de «Cleo de 5 a 7», confesaba que su película partía de un supuesto: que en la literatura se habían registrado una serie de revoluciones, mientras el cine repetía machaconamente sus fórmulas. Segulan cayendo indios y las parejas de estrellas segulan haciéndose el amor con la misma ingenuidad. Las situaciones se repetían. Había que preguntarse, incluso —Azcárraga, un escritor valenciano, publicó un librito en el que mostraba el verdadero y desolador panorama intelectual del cine—, si, a estas alturas, el cine seguía siendo algo verdaderamente importante. Que «podía serlo», que «debía serlo», estaba claro. Que lo fuese realmente, era ya más discutible.

Afortunadamente, a cada época de puerilidad, ha sucedido una fase de revalorización. El cine tiene ya unos contenidos intelectuales, en teoría y en una serie de películas, que parecen ponerle a cubierto de cualquier definitivo atontamiento. Fue Europa la que esta vez dio la batalla. Especialmente Italia. En un frente que arrancó con el neorealismo y que llega hasta Antonioni y los que han venido detrás de él.

Con «La notte» toda consideración pueril del cine se viene abajo. Estamos ante un tratamiento del tedio y de la soledad humana que puede parangonarse con los que ha ofrecido la novela o el drama.

El cine de Antonioni es, dando al mismo su más auténtico sentido, un cine realista. Y, como todo realismo, implica la revisión de muchas estructuras, de muchas convenciones, de muchas actitudes y

comportamientos. Justamente para él, agudo observador de la alta clase media italiana, en estos comportamientos y convenciones se esconde una gran parte de las causas de la soledad humana, latente bajo aspectos sociales de aparente solidez. Todo se reduce a aproximarse atentamente a los personajes, a escucharlos cuando no se creen espías, a verles en sus silencios, a fotografiar sus caminatas, sus tedios... Y a someter el material así obtenido a una aguda interdependencia, dándole un puesto —a veces, para que funcione por sí y por su simbolismo— dentro del mundo ordenado por Antonioni. Donde el tiempo y el espacio tienen una nueva medida. Donde los minutos y los metros están supeditados, absolutamente, a una estimación psicológica y emocional. Donde un minuto puede ser un tiempo inacabable...

«La notte» es, en lo concreto, el drama de la incomunicación conyugal. Todo parece comenzar en el momento en que el marido mira con indiferencia el cuerpo desnudo de su esposa. Pero, naturalmente, esto no es más que un aspecto del problema. Los personajes de la Moreau y Mastrolanni —mujer y marido— aparecen distanciados desde que comienza el film. La muerte de un amigo establece la referencia precisa, en función de la cual el sentimiento que parece unirlos carece de toda consistencia. Son dos personajes un tanto perdidos en esa «noche» permanente, dos personajes esforzándose inútilmente por establecer una relación entre ellos, o entre ellos y el mundo que les rodea...

En la sinceridad, en la angustiada actitud de estos personajes, están las implicaciones y significados de «La noche», un film de estructura psicológica que, sin embargo, alcanza a plantear una crítica durísima de las relaciones humanas. Al menos, dentro de un medio y según una mentalidad. El mundo de «los industriales», de los «literatos», de las «lectoras de novelas célebres», asoma su inautenticidad en el film de Antonioni. Son zonas próximas al protagonista —un novelista— en las que éste acaba de perderse. Al final, sin sentido ya el romanticismo de otras horas, marido y mu-



Michelangelo Antonioni.

jer aportarán una angustiada lucidez a la recíproca búsqueda de un nuevo entendimiento, de una comunicación, siquiera basada en el acto matrimonial. ¿Película inmoral?

Nada hay más inmoral que la mentira. Todo realismo, en sí mismo, es válidamente ético. Y «La noche» es, por encima de todo, un film que aspira a presentar, con estremecedora veracidad, una relación conyugal y, por extensión, una serie de relaciones sociales.

En este sentido, «La noche» es un film que angustia, pero que jamás provoca la incomodidad de tantos films, vistos con el consenso general, en los que las pequeñas audacias son decididamente gratuitas. En «La noche» todo se deriva de serios propósitos. Nada está de más. Todo sirve para que Antonioni nos exponga sus ideas sobre la moral de su tiempo.

El que, en un plano intelectual, se acepte o no lo que Antonioni nos propone, es una alternativa lógica. Quizá haya algo más que la desesperanza de la incomunicación y ese acto final, tendida la pareja sobre la hierba. Lo que resulta claro es que sólo una penosa miopía puede escandalizarse ante las bellísimas imágenes de «La noche» y su estremecedora gravedad.

Jeanne Moreau, Mónica Vitti y Marcello Mastrolanni, son el trío protagonista. Tres interpretaciones espléndidas al servicio absoluto de Michelangelo Antonioni. Un director extraordinario, a pesar de —¡cómo no!— las objeciones lícitas que puedan hacerse a su cine y a sus conceptos sobre el hombre y la sociedad... La presentación de «La noche» —aun considerando su pequeña carga retróica—, ha sido una gran satisfacción para TRIUNFO, voluntariamente ausente en la composición del Jurado y en la entrega de premios. La ovación del público —en especial del más joven, constituido por alumnos de la Escuela Oficial de Cinematografía— al terminar la proyección del film y el silencio y respeto con que fue presenciado, constituyeron dos impagables compensaciones a nuestro esfuerzo por traer a Madrid la importante película de Antonioni.

J. M.

Uno de los últimos planos. El matrimonio tiene aguda conciencia de su absoluta incomunicación...

